opusdei.org

Carta del Prelado (junio de 2016)

¿Estoy contento de que Dios me haya llamado a darle a conocer a los demás?, invita a preguntarnos el Prelado. En su carta, habla del apostolado, es decir, "manifestar sencillamente lo que nos llena el alma y es fuente de perenne alegría".

03/06/2016

Queridísimos: ¡que Jesús me guarde a mis hijas y a mis hijos!

Han transcurrido dos semanas desde la Ascensión de Jesucristo al Cielo y resuenan todavía en nosotros sus últimas palabras en la tierra: *id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda criatura*[1]. Contamos con la asistencia del Espíritu Santo, que el Señor envió a los Apóstoles en el Cenáculo y que sigue animando a la Iglesia, como en ***una nueva Pentecostés***[2]. Había prometido: *el Paráclito, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, Él os enseñará todo y os recordará todas las cosas que os he dicho*[3]. Y cumplió su promesa. Nos toca a nosotros, que somos discípulos suyos, llevar por todo el mundo, con nuestra palabra y nuestro ejemplo, el mensaje de salvación que ha confiado a los cristianos.

***Éste, y no otro, es el fin de la Iglesia: la salvación de las almas, una a una. Para eso el Padre envió al Hijo, y* Yo os envío también a**

vosotros (Jn*20, 21). De ahí el mandato de dar a conocer la doctrina y de bautizar, para que en el alma habite, por la gracia, la Trinidad Beatísima*[4]. El mandato de Cristo encontró en el corazón de nuestro Padre, por la bondad divina, una acogida pronta y alegre. Y nuestro Fundador nos ha transmitido, con garbo, ese empuje apostólico que no conoce fronteras.

San Josemaría nos enseñó siempre que, entre las *pasiones dominantes* que han de dirigir nuestra conducta, figura la de difundir las enseñanzas de Jesucristo. ***La actividad principal del Opus Dei*** —afirmaba— ***consiste en dar a sus miembros, y a las personas que lo deseen, los medios espirituales necesarios para vivir como buenos cristianos en medio del mundo. Les hace conocer la doctrina de Cristo, las enseñanzas de la Iglesia; les proporciona un espíritu que***

mueve a trabajar bien por amor de Dios y en servicio de todos los hombres. Se trata, en una palabra, de comportarse como cristianos: conviviendo con todos, respetando la legítima libertad de todos y haciendo que este mundo nuestro sea más justo[5].

Esta *pasión dominante* tiene especial actualidad en este Jubileo extraordinario de la misericordia, pues «cuando, en el ocaso de la vida, se nos pregunte si hemos dado de comer al hambriento y de beber al sediento, también se nos preguntará si hemos ayudado a las personas a salir de sus dudas, si nos hemos comprometido a acoger a los pecadores, amonestándolos o corrigiéndolos, si hemos sido capaces de luchar contra la ignorancia, especialmente la relativa a la fe cristiana y a la vida buena»[6].

Hay muchos modos de comunicar el contenido de la fe. San Josemaría insistía en el apostolado personal, de tú a tú, mediante una conversación amistosa que no pretende *dar lecciones* a nadie, sino manifestar sencillamente lo que nos llena el alma y es fuente de perenne alegría.

En otras ocasiones os he recordado aquel consejo de nuestro Padre: ***antes de hablar a las almas de Dios, hablad mucho a Dios de las almas***[7]. El trato personal con Jesucristo en la oración es la fuente de la que se nutre nuestro entusiasmo por comunicar a todos la belleza de la fe, por dar luz donde los hombres viven a oscuras. Es la cercanía a Dios la que permite iluminar el mundo. Por eso decía nuestro Padre que, ***cuanto más dentro del mundo estemos, tanto más hemos de ser de Dios***[8].

San Josemaría nos ha transmitido una visión positiva del mundo, de las tareas humanas nobles. Por eso nuestra actitud, más que defensiva, ha de ser *propositiva*. El cristiano no tiene miedo a la verdad, a acometer las preguntas difíciles que le plantea el ambiente o la sociedad. Sabe que, aunque él mismo no tenga siempre todas las respuestas, el Evangelio posee la capacidad de iluminar los dilemas y problemas más difíciles. Este amor a la verdad hace que el cristiano transmita su fe como lo que es: un sí inmenso al hombre, a la mujer, a la vida, a la libertad, a la paz, al desarrollo, a la solidaridad, a las virtudes. Si Cristo nos ha hecho felices, es normal que esa misma alegría se transmita en nuestra actitud. De hecho, «la fuerza con que la verdad se impone tiene que ser la alegría, que es su expresión más clara. Por ella deberían apostar los cristianos y en ella deberían darse a conocer al mundo»[9].

Pregúntate, pues, hija mía, hijo mío: ¿estoy contento de que Dios me haya llamado a darle a conocer a los demás? ¿Es mi apostolado ***una siembra de paz y de alegría***[10]? ¿Tengo iniciativa en mi formación doctrinal, para dar más profundidad y vibración a mi vida interior?

San Josemaría nos enseñó a dar doctrina de manera que todos entiendan el mensaje del Evangelio, independientemente de su nivel cultural o de su formación religiosa. Lo llamaba *don de lenguas*, por analogía con lo que sucedió cuando el Paráclito descendió visiblemente sobre la Iglesia. En los Apóstoles y en los primeros discípulos se manifestó en forma de *lenguas como de fuego, que se dividían y se posaban sobre cada uno de ellos. Quedaron todos llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas*[11].

El Fundador del Opus Dei explicaba que el *don de lenguas*, que pedía a Dios para todos, consiste ***en saberse adaptar a la capacidad de los oyentes (…). Hay que proporcionar doctrina con prudencia, con la suficiente picardía para que el que la reciba la pueda digerir. Hay que dar doctrina a todo el mundo, pero sin atragantar a la gente; en dosis razonables, según la capacidad de asimilación de cada uno. También esto es parte del don de lenguas. Como lo es igualmente el saberse renovar: saber decir lo mismo cada día con gracia nueva***[12].

El *don de lenguas* es una gracia del Espíritu Santo, que cuenta también con nuestra iniciativa. El estudio y el repaso de la teología, realizado con responsabilidad e ilusión apostólica, nos permite saborear las verdades de la fe y descubrir modos de presentarlas en todo su atractivo. Y

el diálogo con nuestros amigos y colegas, en un clima de apertura a sus preguntas, nos permitirá salir al encuentro de sus inquietudes. «Para esto es fundamental escuchar (…), ser capaces de compartir preguntas y dudas, de recorrer un camino al lado del otro, de liberarse de cualquier presunción de omnipotencia y de poner humildemente las propias capacidades y los propios dones al servicio del bien común.

»Escuchar nunca es fácil. A veces es más cómodo fingir ser sordos. Escuchar significa prestar atención, tener deseo de comprender, de valorar, respetar, custodiar la palabra del otro (…). Saber escuchar es una gracia inmensa, es un don que se ha de pedir para poder después ejercitarse practicándolo»[13].

Comunicar la fe no es discutir para vencer, sino dialogar para convencer, pues «las ideas no se

imponen, sino que se proponen»[14]. Dialogar lleva a mostrar mejor una Verdad que ilumina decisivamente nuestras vidas. ***Toda la vida de Jesús no es más que un maravilloso diálogo, hijos míos, una estupenda conversación con los hombres***[15]. Si aprendemos a vivir así, ayudaremos y nos ayudarán en nuestra vida cotidiana y humilde, a que el Evangelio sea, para todos, *luz del mundo*[16].

Me ilusiona recordaros que el día 23, en las vísperas de la fiesta de san Josemaría —solemnidad en la Prelatura—, se cumplen setenta años de la llegada de nuestro Padre a Roma. Acuden a mi memoria los recuerdos —se los oí contar muchas veces— de sus primeros días en la Ciudad Eterna: la intensidad de su oración por el Papa, ya en la primera noche de estancia en la Urbe; la ilusión con que recibió un autógrafo de Pío XII, a las pocas fechas de su

llegada; la fe con que acudió a una audiencia con el Santo Padre, el 16 de julio… Y las veces que, en esas primeras semanas, iba a rezar a la Plaza de San Pedro, tan cercana al pequeño apartamento de Città Leonina, donde habitaba.

Me imagino bien la fe y el amor con que rezaría, en aquellas semanas, la jaculatoria con la que —desde el comienzo de la Obra— resumía los anhelos de su alma: **Omnes, cum Petro, ad Iesum per Mariam!**; todos, con Pedro, a Jesús por María. Os invito a repetirla a menudo, uniéndoos a mi oración por el Papa Francisco, por sus colaboradores, por la Iglesia entera. Especialmente en este mes de junio, que se cierra con la solemnidad de los Apóstoles Pedro y Pablo, columnas de la Iglesia y patronos de la Obra.

Con todo cariño, os bendice

vuestro Padre

+ Javier

Roma, 1 de junio de 2016.

---

[1] *Mc* 16, 15.

[2] San Josemaría, *Surco*, n. 213.

[3] *Jn* 14, 26.

[4] San Josemaría, Homilía *El fin sobrenatural de la Iglesia*, 28-V-1972, en *Amar a la Iglesia*.

[5] San Josemaría, *Conversaciones*, n. 27.

[6] Papa Francisco, Discurso a la reunión plenaria de la Congregación para la Doctrina de la Fe, 29-I-2016.

[7] San Josemaría, Notas de una reunión familiar, sin fecha conocida (AGP, biblioteca, P01, VIII-1982, p.88).

[8] San Josemaría, *Forja*, n. 740.

[9] Cardenal Joseph Ratzinger, "¿Qué significa para mí el Corpus Domini?", en *Opera Omnia*, vol. 11, parte C, XI, 4.

[10] San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 105.

[11] *Hch* 2, 3-4.

[12] San Josemaría, *Carta 30-IV-1946*, n. 70.

[13] Papa Francisco, *Mensaje para la 50º Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales*, 24-I-2016.

[14] San Juan Pablo II, Discurso a los jóvenes en Madrid, 3-V-2003.

[15] San Josemaría, *Carta 24-X-1965*, n. 7.

[16] *Mt* 5, 14.

pdf | Documento generado automáticamente desde https://opusdei.org/es-cr/article/carta-del-prelado-junio-de-2016/ (07/12/2025)